

5

El destinatario de rumores, mentiras y bulos en tiempos de pandemia

*Miguel Martín, Oscar Gómez
y Jorge Lozano*

*Enter RUMOUR, painted full of tongues.
William Shakespeare, Enrique IV*

1. Breve introducción metodológica

Las páginas que siguen abordan, desde la perspectiva de la Semiótica de la cultura,¹ el problema de la proliferación de rumores, mentiras y bulos durante la pandemia del coronavirus. Nuestro planteamiento²

1. Para la Semiótica de la cultura, la comunicación no se concibe como una simple transferencia de un mensaje entre el Emisor y el Destinatario, sino como traducción de un cierto texto de la lengua de mi «yo» a la lengua de tu «tú». En ese sentido, en el ámbito comunicativo lo normal es suponer que aquellos que intercambian información no usen un código común, sino dos diferentes que hasta cierto punto se interseccionan. Así, el acto comunicativo no es una transmisión pasiva de información, sino una traducción, una recodificación del mensaje (*cfr.* Lozano en la Introducción a *Semiótica de la cultura*). Sobre las aportaciones de la Semiótica al estudio de los procesos comunicativos, véase también Serra, González y Lozano, 2020.
2. El presente artículo se enmarca en el proyecto I+D «Figuras del destinatario en los textos contemporáneos de no-ficción: lector, observador, espectador» (Ref.: PGC2018-

toma como punto de referencia el pensamiento del semiólogo Yuri Lotman; en este caso, más concretamente, la oposición que éste establece entre lo gradual y lo explosivo en los procesos de transformación social.

1.1. Explosión *vs* gradualidad

Lotman considera que los procesos históricos se desarrollan a través de dos vías: siguiendo un movimiento continuo y gradual que presupone un desarrollo previsible; o a partir de un momento explosivo que inaugura una fase de desarrollo caracterizada por la imprevisibilidad.

El momento de la explosión es el momento de la imprevisibilidad. La imprevisibilidad no es entendida como posibilidades ilimitadas y no determinadas por nada, de pasaje de un lado a otro. Cada momento de explosión tiene su conjunto de posibilidades igualmente probables de pasaje al estado siguiente, más allá del cual se sitúan los cambios notoriamente imposibles. Estos últimos son excluidos del discurso. Cada vez que hablamos de la imprevisibilidad, entendemos un determinado complejo de posibilidades, de las cuales solamente una se realiza (Lotman, 1993: 170).

En este escenario se enmarcarían, por ejemplo, acontecimientos como la caída del Muro de Berlín y la posterior disolución de la URSS, o los atentados del 11-S que inicialmente fueron interpretados por la audiencia como si de un hecho ficticio se tratara.³ Cabe señalar aquí que los procesos dinámicos explosivos no anulan los procesos graduales. Si bien son antitéticos, ambos dialogan entre sí, ya que, tal y como plantea Lotman, toda explosión viene acompañada de mecanismos de estabilización que permiten una nueva fase de desarrollo gradual; véase el caso de la aplicación técnica de determinadas ideas científicas:

Los procesos graduales se hallan dotados de una potente fuerza propulsora. En este sentido es interesante la correlación entre los descubrimientos científicos y las realizaciones técnicas. Las más grandes ideas científicas son, en

098984-B-I00), en el que participan sus tres autores, además de otros miembros del Grupo de Estudios de Semiótica de la Cultura (GESC), dirigido por el semiólogo Jorge Lozano. En este texto elegimos como destinatarios a los estudiantes actuales y futuros de periodismo, en especial del departamento de Periodismo y Nuevos Medios de la Universidad Complutense de Madrid, donde se imparte la asignatura de Semiótica de la Comunicación de Masas.

3. Al respecto, véase el artículo «11-S todavía: semiótica del acontecimiento y explosión» (Lozano, 2004b).

cierto sentido, afines al arte: su origen es similar a una explosión. En cambio, la realización técnica de nuevas ideas se desarrolla según las leyes de la dinámica gradual. [...] es propio del progreso técnico ser poderosamente estimulado por la necesidad práctica. Por eso, lo nuevo en la técnica es la realización de aquello que se esperaba, mientras que lo nuevo en la ciencia y en el arte es la realización de lo inesperado (*ibídem*: 20).

Los momentos explosivos y los procesos graduales no sólo se relacionan por sucesión, también pueden ser sincrónicos. Una explosión en una determinada esfera de nuestra cultura puede interaccionar con el desarrollo gradual de otro tipo de estratos culturales:

La cultura, en tanto conjunto complejo, está formada por estratos que se desarrollan a diversa velocidad, de modo que cualquier corte sincrónico muestra simultánea presencia de varios estados. Las explosiones en algunos estratos pueden unirse al desarrollo gradual en otros. Esto, sin embargo, no excluye su interacción (*ibídem*: 26).

Por ejemplo, la aparición y expansión del COVID-19 ha traído consigo la introducción de cambios imprevistos en nuestras formas y estilos de vida, que conviven simultáneamente con el desarrollo gradual de otros estratos de nuestra cultura, como los avances médicos o la aplicación de la tecnología digital en el ámbito de nuestras interacciones sociales.

1.2. Causalidad vs casualidad

Si definimos el momento de la explosión como un momento imprevisible, el presente, tal y como sostiene Lotman, podría definirse como «un estallido de espacio de sentido todavía no desplegado» que contiene dentro sí todas las posibilidades de desarrollo futuras (*cfr. ibídem*: 28). La elección de una de ellas no está determinada ni por las leyes de la causalidad ni por la probabilidad. En el momento de la explosión estos mecanismos se vuelven totalmente inactivos y la elección del futuro se realiza de un modo casual:

En el mundo irrumpen eventos, cuyas consecuencias son imprevisibles. Estos eventos dan impulso a una amplia serie de procesos sucesivos. El momento de la explosión, como ya hemos dicho, es como si hubiera sido desconectado del tiempo, y de ello parte el camino hacia una nueva etapa del movimiento gradual, señalada por el retorno al eje temporal. Sin embargo, la explosión genera toda una cadena de otros eventos. Antes que nada, su resultado es la aparición de un complejo de consecuencias igualmente vero-

símiles. Solamente una de ellas se halla destinada a realizarse y a volverse hecho histórico. La elección de la consecuencia que se volverá realidad histórica puede ser definida como casual o como resultado de la intromisión de otras leyes, externas al sistema dado y que se encuentran más allá de sus confines. Esto es, en cualquier otra perspectiva puede ser plenamente previsible, pero dentro del ámbito de la estructura dada es el orden de la casualidad (*ibidem*: 82).

En ese sentido, tras un acontecimiento como la pandemia del coronavirus es comprensible que lo que era normal y cotidiano se haya vuelto excepcional, ya que no existe ninguna certeza sobre cómo va a ser nuestra forma de vida a partir de ahora ni qué consecuencias tendrá esta crisis en ámbitos como el económico o el geopolítico.

El hecho de que tras un momento explosivo la elección del futuro se realice por casualidad hace que este tipo de procesos posea un alto grado de valor informativo, ya que no hay nada aparentemente determinado y sus posibilidades de desarrollo son más diversas que en las situaciones que se consideran «normales». En este tipo de escenarios, cualquier elemento del sistema —o de otro sistema casualmente atraído por la explosión— puede convertirse en el elemento dominante, modificándose así el universo de sentido en el que nos encontramos inmersos. Ahora bien, cuando la situación se estabiliza y se cancela el momento de la imprevisibilidad, aquello que apareció de forma casual se presenta como la única forma de desarrollo posible. De este modo, tal y como señala Lotman, se entra en la esfera de la historia y lo que ha sucedido trata de explicarse o clarificarse de un modo causal.

1.3. Pasado *vs* futuro

Dependiendo de la perspectiva temporal desde la que se mire un acontecimiento, lo sucedido se verá como algo casual o como algo causal. A este respecto, conviene subrayar que la mirada del pasado al futuro, por una parte, y del futuro en el pasado, por otra, cambia completamente el objeto observado. Mirando desde el pasado hacia el futuro, vemos el presente como un complejo de toda una serie de posibilidades igualmente probables. Cuando miramos en el pasado, por el contrario, «lo real» adquiere para nosotros el estatuto de hecho y somos propensos a ver en ello la única posibilidad (*cfr. ibidem*: 173). En ese sentido, las posibilidades irrealizadas se transforman para nosotros en posibilidades que fatalmente no hubieran podido realizarse. Cuando se mira a un acontecimiento desde el presente al pasado, tal y como lo hace el historiador,

el cuadro de los acontecimientos, aparentemente caóticos, se organiza y lo sucedido se presenta como inevitable. Cabe señalar aquí también que, según el planteamiento de Lotman, en el momento de la explosión tienden a aparecer ideas escatológicas, tales como la afirmación de la proximidad del Juicio Universal, de una revolución mundial o de hechos históricos análogos. Según su planteamiento, este tipo de ideas son importantes no porque vayan a suceder realmente, sino porque suscitan tensiones inauditas dentro de una determinada esfera cultural e introducen la dinámica dentro de aquellos estratos de la historia que parecían inmóviles (*cfr. ibídem*: 33). A este respecto, es habitual que aparezcan profecías y conspiraciones que movilizan la conciencia de las masas y cuestionan las bases sobre las que se sostienen los sistemas de creencias que comparte una determinada colectividad.

2. El momento explosivo de la pandemia

Podemos afirmar que la pandemia del coronavirus se corresponde con lo que Lotman describe como un proceso dinámico explosivo. Con su aparición se ha inaugurado una nueva fase de desarrollo caracterizada por la imprevisibilidad y la incertidumbre, que no sólo ha afectado a nuestras relaciones sociales (medidas de confinamiento, mantenimiento de la distancia social, limitación de horarios para el ocio nocturno, etcétera), sino que también ha influido, como cualquier momento explosivo, en otras esferas de nuestro *umwelt*, como la educación, el sistema sanitario, la moda, el turismo, el mercado de trabajo, las relaciones internacionales y, obviamente, los *media*. Asimismo, fruto de esta situación, se han propagado todo tipo de rumores, *fakes* y bulos en medios digitales, así como noticias falsas y todo tipo de distorsiones discursivas, como *misunderstandings*, *misreadings*, reticencias, sospechas, búsqueda de nuevos indicios, ocultaciones, etcétera. Muchas de estas informaciones hablan del fin del mundo tal y como lo conocemos y del surgimiento de un nuevo orden global; y su viralización ha conducido a cuestionar el discurso científico, a rechazar la eficacia de las vacunas y a pensar que detrás de la pandemia existe una conspiración en la que están directamente involucradas las élites políticas y económicas de todo el planeta.

Esta situación de incertidumbre y de ausencia de certezas genera automáticamente pasiones como el miedo, la esperanza o la espera. Con respecto al miedo, Lotman diferencia entre dos tipos de escenarios: unos en los que la sociedad en cuestión está amenazada por algún tipo de peligro evidente, y otros en los que la sociedad es presa de un ataque de

miedo cuyas causas reales desconoce. En el segundo caso no es una determinada amenaza la que crea el miedo, sino el miedo en sí el que crea la amenaza (cfr. Lotman, 2008: 12). Véase, por ejemplo, el fenómeno de *la caza de brujas*⁴ que sacudió a la Europa occidental de los siglos XVI y XVII, momento en el cual el pánico generalizado desembocó en el convencimiento de que existía una minoría organizada que conspiraba contra la sociedad. Fue el miedo el que creó la amenaza de las brujas, no la existencia de brujas la que generó el miedo en la sociedad.

En ese sentido, pasiones como el odio o el pánico son susceptibles de abordarse desde un punto de vista no sólo psicológico, sino también semiótico, pues —como señala Lotman— cuando una sociedad es presa del miedo y desconoce las causas reales que lo provocan tiende a estigmatizar⁵ a aquel que considera diferente y a construir una amenaza a partir de una serie de códigos, «con cuya ayuda la sociedad en cuestión se codifica a sí misma y al mundo circundante» (*ibidem*: 12). Lotman señala cómo se construye el «objeto del miedo» atendiendo, entre otros, a un texto del siglo III d.C. (diálogo *A Octavio*) en el que se recogen y se refutan todas las acusaciones que la Roma pagana —en su fase agonizante— imputó a los cristianos. Se trataba de una colección de chismes callejeros en los que los cristianos eran caracterizados como una comunidad secreta cuyos miembros se reconocían fácilmente los unos a los otros mediante señales que el resto de la gente desconocía:

Rechazan todas las creencias del resto de la sociedad, desprecian a sus dioses y se burlan de sus objetos de culto. [...] tienen por dios a un delincuente crucificado por sus fechorías. Han convertido la cruz en un objeto sagrado

4. Véase Lotman, «Caza de brujas. La semiótica del miedo», en *Revista de Occidente*, n.º 328.

5. E. Goffman, en *Estigma* (1963), además de distinguir distintos modos de estigmatización, sostiene que el estigma no es una propiedad del ser humano en sí misma, sino un concepto que tiene sentido dentro de las relaciones humanas. A este respecto, «el estigmatizado» sólo existe en función o en oposición de lo considerado «normal». En ese sentido, el «estigma», aunque pueda originarse a partir de las características propias del sujeto, es el resultado de una proyección sobre el «otro». Algo similar ocurre con los estereotipos, que, a pesar de que no siempre se construyen de forma arbitraria, son el resultado de una configuración discursiva con la que se tiende a homogeneizar las características de una determinada colectividad. En la misma línea se manifiesta Landowski, quien afirma que el estereotipo no se utiliza para describir al «otro» propiamente, sino como medio expeditivo de reafirmar una diferencia: «un sujeto sólo puede captarse como “Yo” (o como “Nosotros”) negativamente, por oposición a un “Otro”, al que tiene que construir como figura antitética a fin de poder ponerse a sí mismo como su contrario: “Lo que yo soy es lo que tú no eres”» (Landowski, 1997: 44).

y, de esta manera, adoran aquello que merecerían para sí mismos. Han hecho de la cabeza de un asno el objeto de veneración. Las actividades de los cristianos se representan de la siguiente manera: reuniones secretas por la noche, a la luz del fuego, que terminan en bacanales en plena oscuridad. El objetivo de las reuniones son los sacrificios de sangre y el libertinaje desenfrenado, acompañados de perversiones sexuales (incesto) (Lotman, 2008: 15).

Algo similar puede observarse en la novela *1984*, donde Orwell describe una sociedad sometida a la vigilancia del Gran Hermano y dominada por el miedo a una élite política. En estas circunstancias, comienzan a circular rumores e historias sobre un personaje llamado Emmanuel Goldstein, un antiguo miembro del *Partido* que es señalado como un traidor que lidera una organización conocida como *La Hermandad*, una sociedad secreta a la que se acusa de todo tipo de sabotajes y atentados, pero de la que nadie tiene pruebas de que verdaderamente exista. A este respecto, también es revelador un pasaje de *Moby Dick* en el que, cuando se refieren a los rumores que se extienden por los espacios marítimos sobre la Ballena Blanca, se dice que tales historias se conformaron a partir de numerosos indicios y sugerencias con los que los marineros revistieron a este ser de terrores que no procedían de nada visible. De este modo, se acabó por producir tal pánico entre los balleneros que muy pocos de los que oían estos rumores deseaban encontrarse con los peligros de su mandíbula (*cfr.* Melville, 2003: 291).

La explicación a la circulación de este tipo de leyendas —como en el caso de las brujas— no se debía a una experiencia empírica corroborable, sino a una situación excepcional por la que se exageraba y horrorizaba la amenaza de encontrarse con la Ballena Blanca:

No sólo los rumores fabulosos crecen naturalmente del cuerpo mismo de todos los hechos terribles y sorprendentes —como el árbol herido por sus hongos—, sino que, en la vida marítima, más que en la tierra firme, abundan los rumores insensatos dondequiera que haya una realidad adecuada a la que puedan aferrarse. Y así como el mar sobrepasa a la tierra en este asunto, de igual modo la pesca de la ballena sobrepasa a cualquier otra vida en el mar en lo asombroso y terrorífico de los rumores que circulan por allí. Pues los balleneros, como grupo, no están libres de esa ignorancia y superstición hereditaria de todos los marineros, los que están más en contacto con todo lo que sea terriblemente asombroso en el mar; cara a cara, no sólo contemplan sus más grandes maravillas, sino que luchan con ellas cuerpo a cuerpo. Solos, en aguas tan remotas que, aunque naveguéis mil millas y paséis por mil costas, no hallaréis un hogar de piedra ni nada hospitalario

bajo esa parte del sol; en tales latitudes y longitudes, ejerciendo su profesión con tesón, el ballenero está expuesto a influencias que tienden todas a dejar preñada su fantasía con muchos y poderosos engendros (Melville, 2003: 290-291).

Una situación parecida se ha producido durante la pandemia, un periodo en el que millones de personas se han visto obligadas a quedarse aisladas en sus hogares debido al miedo que generaba la amenaza invisible del coronavirus, un enemigo que por su naturaleza no se puede identificar con nada concreto, salvo con nuestros propios cuerpos como potenciales portadores del virus. En tal situación, solos frente al ordenador y otros dispositivos móviles, nos hemos visto expuestos —como el ballenero en el mar— a cientos de teorías sobre el origen y la expansión de esta pandemia que, lejos de haber clarificado algo respecto a este fenómeno, ha dado lugar a un sinfín de conspiranoias de las que se han hecho eco figuras tan aparentemente alejadas entre sí como el cantante Miguel Bosé o el cardenal Cañizares. Mientras que el primero denunciaba que detrás de la actual pandemia existía un complot internacional que involucraría, entre otros, al Gobierno de Pedro Sánchez y a Bill Gates, el cardenal ha llegado a afirmar que la vacuna del coronavirus se está elaborando a partir de «fetos abortados». Este tipo de rumores y noticias falsas se han propagado —como el virus— de forma vírica, pues si algo caracteriza a un momento explosivo es la aparición de fenómenos como la transmisión, la infección o el contagio. Véase el caso de la moda,⁶ cuyo triunfo es siempre sorprender e indignar y con ello introducir innovaciones en el conjunto de una determinada sociedad:

Tradicionalmente, el principio de imitación y de emulación que ha caracterizado toda moda se basaba en el modelo «gota a gota» (*trickle-down*), según el cual la imitación se producía verticalmente, de abajo arriba, mediante la difusión desde las clases superiores que habían creado la moda. Así ocurría al menos en el clásico texto de Simmel publicado en el primer número de *Revista de Occidente*, o en la *Teoría de la clase ociosa* de Veblen. Hoy, en

6. Para la Semiótica de la cultura, la moda es considerada un mecanismo por medio del cual lo no significativo se convierte en significativo dentro de una determinada esfera cultural. En ese sentido, la moda siempre va más allá de la norma habitual, es una constante verificación experimental de los límites de lo lícito: «La semioticidad de la moda se manifiesta, en particular, en el hecho de que presupone siempre un observador. El hablante del lenguaje de la moda es un creador de información nueva, inesperada para el público e incomprensible para éste. El público debe no entender la moda y debe sentirse indignado. En ello consiste el triunfo de la moda» (Lotman, 2015: 109).

cambio, se acepta que la difusión de las modas sólo puede explicarse horizontalmente, en una nueva sintaxis social, en definitiva, por contagio. Contagio que procura nuevas formas de sensibilidad, de percepción, de estesia (Lozano, 2005).

De forma semejante, en las situaciones de pandemia se tiende a poner en circulación información no contrastada debido a la incertidumbre generalizada por el momento explosivo. En el caso que nos ocupa, los bulos y chismes se han difundido mayoritariamente a través de las redes sociales, principal espacio de socialización durante el confinamiento y donde ha prevalecido la lógica del contacto sobre cualquier otro tipo de comunicación.⁷

3. Rumores, mentiras y bulos en situaciones de crisis

En la situación actual, en pleno capitalismo de la vigilancia (Zuboff, 2019), el rumor, posiblemente el medio de comunicación más antiguo del mundo (Kapferer, 1989), ha adquirido un renovado interés si tenemos en cuenta que internet y las redes sociales propician unas dinámicas conversacionales que presentan muchas similitudes con aquellas de la habladuría.⁸ Los rumores son un fenómeno eminentemente oral,⁹ construcciones narrativas que tienen gran importancia a la hora de «crear comunidad», de «poner en común» y, por lo tanto, en la construcción de lo social. Están relacionados con el chisme, el *gossip*, pero también con construcciones narrativas de mayor envergadura, como las leyendas urbanas y las teorías de la conspiración. Se ha destacado de

7. El hecho de que los contenidos que se comparten en las redes sociales se reproduzcan de un modo viral presupone la imagen de un destinatario que usa la lógica de la unión y del contacto, ya que de lo contrario este tipo de fenómenos serían irrelevantes. En este tipo de procesos comunicativos se da una predominancia de la función fática, lo que, a su vez, puede posibilitar que se cree un sentimiento de pertenencia a una comunidad, como en el caso de las tribus urbanas: «Más allá de la función del lenguaje a la que está adscrito, lo fático ha permitido describir mejor fenómenos sociales como las denominadas “tribus urbanas”, que anteponen el “estar juntos”, la lógica de la unión, el contacto, a cualquier otra consideración; o los “suicidios en masa”» (Lozano, 2015).

8. A este respecto véase el caso paradigmático de las *celebrities*, ídolos e iconos de nuestra semiosfera mediática (Lozano, 2015b) y más concretamente el caso de Julian Assange analizado en Gómez, 2015.

9. La RAE define «rumor» como voz que corre en el camino, ruido confuso de voces, ruido vago y continuado.

ellos su marcado componente estratégico, de ahí su importancia en los mercados, en la propaganda política y en las guerras. El rumor, como «personaje central de toda actividad informativa» (Lozano, 1986), nace en la conversación, en la necesidad social de la habladuría, del «decir para estar»; de ahí que su interés radique más en el «decir» que en «lo dicho». En ese sentido, tal y como nos enseñó Noelle-Neumann (1995) con el «clima de opinión», la gente consume noticias y rumores como pretexto de una conversación, para tener algo sobre lo que hablar.

En líneas generales, un rumor se define como aquella información no verificada —lo que no quiere decir que sea necesariamente falsa— y que moviliza creencias sobre personas o acontecimientos, con poder para intervenir incluso en el curso de esos acontecimientos, dando cohesión a determinados aspectos de lo social, reforzando creencias preexistentes, generando o reduciendo la incertidumbre de algunas situaciones, alimentando esperanzas y, en definitiva, satisfaciendo necesidades emocionales de la comunidad en la que se crean. Uno de los principales problemas que plantean tiene que ver con la imposibilidad de detectar su origen y descubrir su autoría. Los rumores delegan en lo impersonal, en el anonimato, y suelen comunicarse en «estilo indirecto» («se dice», «se comenta», «me han dicho que»). Un ejemplo reciente es el protagonizado por el exabogado de Podemos José Manuel Calvente cuando es preguntado por el juez por el presunto cobro de comisiones por parte de Juan Carlos Monedero:

«Eso es lo que me dicen que está pasando, yo no lo he visto [...] Me lo indica Pablo Fernández. Se rumorea, se rumorea en el partido». El magistrado quiere saber si confirma que 50.000 euros de la caja de solidaridad (la supuesta caja B) fueron a parar a cargos del partido, como dice la denuncia, y Calvente hace un San Pedro: «No lo sé, no lo sé, no lo sé. Yo lo que digo es que no sé si llegaron a pagarse».¹⁰

Este ejemplo demuestra que la importancia y la eficacia de los rumores no residen en la verdad o falsedad de las informaciones que transmiten, sino en su propagación. La existencia de este rumor prueba la no pertinencia ni de la verdad ni de lo «real».

Paolo Fabbri (1998) defendió que los rumores plantean un potente desafío para la teoría semiótica (es un fenómeno cargado de significa-

10. Extracto de la noticia publicada en *La Vanguardia* (14 de agosto de 2020): <https://www.lavanguardia.com/politica/20200814/482804457307/calvente-escalonilla-podemos-declaracion.html>.

ción y eficacia) y para cualquier disciplina relacionada con la comunicación, en el sentido de que nos permiten abordar problemas como el simulacro de la opinión pública, el de las creencias (y su contagio) y el de la construcción de la «verdad» o las «verdades» que las sustentan. Para el semiólogo, una posible vía de acceso al estudio de los rumores consistiría en clasificar sus enunciados (según el tipo de narraciones que producen y no tanto en función de los referentes). Los rumores constituyen un claro ejemplo de enunciación colectiva, cuyos enunciados se inscriben en pequeños formatos narrativos que tienen la peculiaridad de transformarse según se propagan y cuyas transformaciones se nos presentan como plagadas de valores (creencias, intereses, pasiones). Por medio del rumor es posible «producir realidad».

Por su parte, en el caso de los bulos destacamos que su función principal es la de difamar y desacreditar a individuos o instituciones. También surgen con enorme virulencia en momentos de cambio social, como crisis o procesos revolucionarios. Recordemos aquí el trabajo de Marc Bloch (1999) sobre las noticias falsas en las guerras. Ahora podrían pertenecer a este campo desde los exabruptos difamantes y mentirosos que señalan al presidente del gobierno como responsable directo e intelectual de todas las muertes provocadas por la pandemia a afirmaciones como el «virus chino», «el 5G», «las sopas de murciélago», la criminalización del tabaco más allá de sus efectos patógenos o todos los bulos asociados al negacionismo de donde han surgido *Covidparties*, la *Plandemia*, nuevos mitos, suspensión de la descreencia y, como siempre, mentiras.

Ahora bien, durante la pandemia no sólo se han propagado rumores y bulos relacionados con el origen y la expansión del coronavirus; también han circulado otro tipo de informaciones no verificadas relacionadas con el paradero del líder norcoreano Kim Jong-un. Ante la ausencia de fuentes oficiales que pudieran certificar esta información, se lanzaron distintas hipótesis al respecto, llegándose incluso a afirmar que habría muerto. Medios de todo el mundo se hicieron eco de este rumor y comenzaron a especular sobre quién podría ser su sucesor. Para reforzarlo, se pusieron en circulación fotos falsas de su funeral con las que se pretendía *hacer creer* que Kim Jong-un había fallecido. Estas imágenes se correspondían, en realidad, con el entierro de su padre, que tuvo lugar en 2011. Otro caso es el de la canciller alemana Angela Merkel, a quien se le atribuyeron las siguientes declaraciones respecto a la crisis global provocada por la pandemia: «Europa debe volver a Dios y a la Biblia». Las mismas declaraciones le fueron atribuidas en 2015, cuando participó en un debate celebrado en la Universidad de Berna sobre la migración africana y asiática en Europa. Aunque nunca llegó a decir

tal frase, el mismo bulo ha vuelto a circular de forma reiterada a través de las redes sociales. A este respecto cabe señalar que si bien la eficacia de un bulo se disuelve en el momento en el que es identificado como tal, es decir, como información falsa o engañosa, un mismo bulo puede entrar en circulación en diferentes situaciones y adoptar distintos sentidos, a pesar de haber sido señalado como una falsedad previamente.

Rumores, mentiras, bulos, etcétera son figuras que proliferan en situaciones de crisis; cada una de ellas tiene su propio régimen semiótico y se asocia a un conjunto determinado de valores, aunque en un momento explosivo pueden confundirse en la medida en que vienen caracterizados por la virulencia de su difusión. Por ejemplo, en el caso de la mentira son pertinentes el secreto, la simulación y la disimulación, y se propagan con el fin de engañar al «otro». El rumor no tiene vocación de ocultarse; requiere de una cierta complicidad y circula veloz. El secreto, por el contrario, no tiene por qué difundirse rápidamente y precisa que el que lo difunde sea discreto.¹¹ Si el secreto tiende a desvelarse, el rumor tiende a propagarse.

4. El problema de la verdad

Nuestra perspectiva semiótica es deudora de la famosa afirmación de Umberto Eco, aparecida en su *Tratado de semiótica general* (1975), donde sostenía que la semiótica, en definitiva, se ocupaba de todo aquello que servía para mentir. Ocuparse de rumores, bulos, noticias falsas, *fakes*, ocultaciones, secretos, estrategias de desinformación, disimulaciones, engaños y mentiras no es sino seguir las indicaciones del maestro. Al mismo tiempo, el uso de estúpidos neologismos, como *posverdad* o *fake news*, hacen parecer que la verdad ha sufrido un proceso de exterminio en plena *sociedad líquida*. Sostenemos, sin embargo, que el concepto de verdad es, amén de necesario, una categoría fundamental en cualquier razonamiento semiótico, y más allá de la adecuación con los hechos es, *sub specie semioticae*, un efecto de sentido. Se podría hablar de efecto de verdad como se ha hablado de efecto de realidad y no se debería insistir en que en semiótica la verdad «se dice», como los rumores. Decir verdad. Un problema de veridicción.¹²

11. Sobre el fenómeno del secreto en la historia del presente véase *Secretos en red* (Lozano, 2014).

12. Con este término (veridicción, decir verdad) «se intenta subrayar que en los discursos, los enunciados de estado no tienen verdad “en sí”, sino que ésta es construida

Como señala Greimas, los enunciados de estado no tienen verdad en sí, sino que se construyen discursivamente y como tal son el resultado de un ejercicio de «hacer parecer verdadero». Por ejemplo, tanto el historiador como el periodista, a pesar de que aspiran a que su texto sea reconocido como verdadero, no sólo tratan de *hacer-saber*, sino también de *hacer-creer* (cfr. Lozano, 2015a: 260-261). En ese sentido, la verdad de un discurso no es una representación de una verdad exterior, sino que es el resultado de un determinado hacer cognitivo por el que un enunciado se convierte en verdadero no sólo por el mero hecho de decir las cosas tal y como son, sino también porque alguien lo cree así. Desde este punto de vista, hablar de verdad implica que hay alguien que la enuncia y un destinatario que ha de interpretarla como verdadera. En el plano de la comunicación eso significa que informar no sólo es un mero hacer saber algo, sino que también entraña un hacer persuasivo e interpretativo.¹³

Partir de esta premisa obliga a asumir que, en situaciones de conflicto, es decir, en situaciones en las que existen dos o más posiciones enfrentadas, es complicado distinguir lo verdadero de lo falso, ya que todas las partes involucradas tratarán de hacer creer a la otra que lo que cuentan es verdad y para ello utilizarán todo tipo de estrategias. De ahí la proliferación de *fakes*,¹⁴ noticias falsas y bulos. En este tipo

(por un sujeto enunciante) y aparece como “efecto” de un proceso semiótico que el análisis describe por la combinación de los planos de la manifestación y de la inmanencia [...] (Greimas, 1973b: 166). Desde el momento en el que la verdad no es una representación de una verdad exterior, sino una construcción, no basta con descubrir las marcas de inscripción de la verdad en el discurso [...]. La producción de verdad, según el planteamiento de Greimas, se corresponde con el ejercicio de un hacer cognitivo particular, que él llama hacer parecer verdadero (Greimas, 1980: 80). El hacer parecer verdadero, es decir, la construcción del simulacro de verdad, corresponde —en cuanto a realización— al enunciador, entendido como un actante sintáctico que, interesado en producir el efecto de sentido “verdad”, tenderá en el plano de la comunicación (o intercambio cognitivo) a hacer su discurso eficaz. Para que resulte eficaz establecerá un contrato de veridicción» (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 79-80).

13. Al respecto, cabe señalar la importancia de la persuasión en todo tipo de acto comunicativo. Siguiendo a Greimas, podemos definir la persuasión «como el hacer creer de un destinador —hacer persuasivo— que conduciría a un creer —hacer interpretativo— por parte del destinatario; la persuasión así concebida la diferenciamos en principio de la comunicación entendida como hacer saber y de la manipulación como *hacer hacer*, donde el destinatario en principio no dispone de libertad, actúa bajo amenaza —imperativos, órdenes—» (Lozano, 2012: 110).
14. Uno de los problemas más acuciantes a los que nos enfrentamos en el presente son los denominados *fakes*. Por ejemplo, determinar si una imagen es o no verdadera, o si se corresponde o no con los hechos realmente acontecidos, es una tarea que no ata-

de circunstancias, la verdad no puede considerarse el resultado de un consenso o acuerdo, sino el resultado de una estrategia eficaz por la que aquello que se cuenta ha sido interpretado como verdadero incluso por los propios adversarios. Tal es la posición de Paolo Fabbri, cuyo pensamiento está marcado por el afán de destacar la dimensión polémica de la comunicación y su relevancia para el estudio de cualquier fenómeno social:

En la comunicación y en la relación con el mundo prima el conflicto, el desacuerdo, el engaño: el consenso es una tregua provisional. Partir de la claridad no nos sirve para entender, por ejemplo, la comunicación en tiempos de guerra, cuyo objetivo no pasa por informar, sino por convencer y vencer (Fabbri, 2017: 62).

Precisamente en este tipo de escenarios, cuando el conflicto prima sobre el consenso, el objeto de las informaciones que circulan no es decir la verdad, sino que el otro considere como verdadero aquello que se corresponde con determinados intereses:

Usted en la guerra no dice la verdad, dice lo que quiere que crea el otro. Y el enemigo va a intentar hacer lo mismo. En este tipo de situaciones, lo que es la verdad no se sabe. Nos introducimos en un mundo estratégico, en el que los intereses son conflictuales y la presentación de la realidad es un simulacro o, dicho de otro modo, una representación ficcional de la verdad. Por eso, en una situación de conflicto, la construcción de simulacros eficaces es fundamental: si usted cree, el otro ha vencido (Fabbri en Martín, 2018: 63).

Si tomamos como punto de partida este planteamiento, la situación a la que nos hemos visto obligados a vivir como sociedad durante el periodo de confinamiento no debería describirse como «una guerra contra el virus», sino más bien, como ya hemos señalado, como un «momento explosivo» en el que la incertidumbre generada por el origen y la expansión del COVID-19 ha generalizado la proliferación de rumores, mentiras y noticias falsas. La crisis actual, por tanto, no sólo se reduciría al ámbito sanitario, sino que también afectaría al plano mediático.

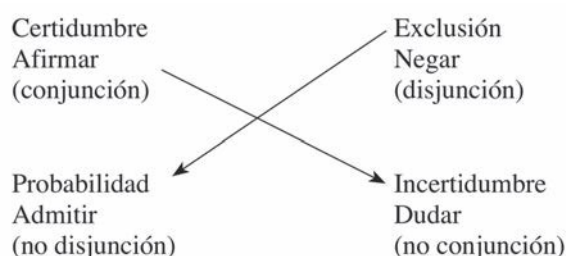
ña a la semiótica. Lo que sí nos permite esta disciplina es analizar la eficacia que las imágenes pueden tener en un discurso concreto, es decir, posibilita que podamos analizar por qué aquello que se muestra como «verdadero» puede ser o no creíble para un determinado destinatario. En ese sentido, son especialmente relevantes las ya citadas «estrategias de veridicción».

co, terreno en el que están circulando constantemente diferentes versiones sobre el origen y el alcance de esta pandemia. En ese sentido, seguimos la propuesta de Greimas, cuando decía que se podía sustituir el término «verdad» por el de «eficacia». Si la primera víctima que cae en una guerra es la verdad, también sucede lo propio en una epidemia. Véanse, por ejemplo, las declaraciones de líderes políticos como Donald Trump, en las que no se duda en señalar a China como principal causante de esta catástrofe.

5. El destinatario de los rumores

Allport y Postman (1953) señalaron que cada rumor tiene su público, en una aseveración que recuerda al Lotman que afirmó que el texto crea a su público a su imagen y semejanza. Este público, destinatario de rumores, no debe entenderse como un ente pasivo que simplemente recibe una información y la propaga, sino que debemos entenderlo como una figura más cercana al *prosumer*, que tiene capacidad para adecuar, transformar y cancelar las informaciones que recibe. En este sentido, la posición sintáctica del destinatario ante los rumores que circulan está marcada por la incerteza.

Para el destinatario, frente a tanta perplejidad, sumido «en un mar de dudas», la creencia se le aparece como tierra firme, como diría Ortega, quien sostuvo que «las ideas se tienen, en las creencias se está». En este universo lleno de turbulencias prevalece el *creer* sobre el *saber* y ambos, como diría Greimas, formarían parte de un solo universo cognitivo (*cfr.* Lozano, 2012: 83-88).



En una supuesta tipología de destinatarios de este universo, la propia duda (*duo-abere*), como se describe en el esquema, crea la posibilidad de orientarse hacia la exclusión, la disjunción, la negación de la propia proposición que vehicula el rumor; o bien, en un recorrido por el esque-

ma, situarse en una posición de no disjunción, admitiéndola como probable para finalmente llegar a afirmarla. La afirmación, tal y como se señala, supone la conjunción y la certeza, y confirmaría una vez más que, a veces, el creer sustituye al saber o incluso lo supera, lo que explicaría la adhesión a rumores de lo más insólitos y, en principio, increíbles y/o inverosímiles. No es ocioso recordar aquí, en plena cultura de masas,¹⁵ la prevalencia de la verosimilitud sobre la verdad. Como ejemplo de ello, sirvan las siguientes declaraciones del periodista Iker Jiménez cuando se enfrentó a las acusaciones de un sector de su audiencia, que le acusó de actuar de forma ambigua así como de formar parte de «la disidencia controlada por las élites globales»:

Yo creo que existen ocultaciones, conspiraciones, que nos han intentado engañar muchas veces en la historia, pero en este caso concreto [el covid] he sido honesto con la información que tenía. Ahora una parte de la sociedad no se ha creído lo que he contado, se ha pensado que soy un engranaje de un plan maligno... Es como si el espejo de toda esta pandemia me hubiera hecho dudar de muchas cosas, incluso de mí mismo... Me he dado cuenta de que seguramente, como cualquiera de vosotros, no soy más que una persona perdida en la absoluta intoxicación.¹⁶

Además, en nuestra investigación proponemos que, indagando sobre los destinatarios en situaciones como ésta, se han de presuponer determinadas competencias modales, como la del *querer creer*: el destinatario quiere creer por diferentes intereses y pasiones (A. O. Hirschman). O lo que es lo mismo, cree en un rumor porque le conviene, en el amplio sentido de la palabra, y por las pasiones anteriormente consideradas (miedo, esperanza o espera). En ese sentido, para que se materialice la voluntad de creer no basta con quererlo, sino que se tiene que activar en la competencia modal un *querer (y/o deber) saber querer creer*. Es decir, *querer creer* es consecuencia de una modalización previa de la voluntad del sujeto. Esta hipermodalización es lo que sintetiza nuestra investigación sobre la competencia modal de los destinatarios de los rumores en esta crisis.

15. Véase Lozano (2004a).

16. Declaraciones extraídas de la siguiente noticia publicada en *El Confidencial* (16 de agosto de 2020): https://www.elconfidencial.com/television/2020-08-16/Iker-jimenez_2714220/.

6. A modo de conclusión

En este trabajo nos hemos ocupado de la descripción del fenómeno de los rumores, las mentiras y los bulos en tiempos de pandemia. Se trata de figuras semióticas sobre las que, como hemos visto, prevalece la forma. En estas formas de información, desinformación, creencias, descreencias, etcétera, es más que pertinente recordar el étimo¹⁷ que, desde Aristóteles, indica que «informar» viene de *in-formare*, «dar forma».

Del mismo modo que encontramos diferentes actitudes ante la muerte, ante el honor, ante el lujo y, en definitiva, actitudes ante el Signo que describen una cultura, se podría proponer que también la actitud ante los rumores y las noticias falsas formarían parte de una adecuada descripción tipológica, uno de los principales objetivos de nuestro campo de investigación, la semiótica de la cultura.

Además, proponemos en nuestra investigación que el destinatario, en esta semiosfera, y como esbozo para una plausible tipología, debe proceder con una competencia modal que hemos sugerido como un *querer saber querer creer*, subrayando la hipermodalización de estas formas de información.

Referencias bibliográficas

- Allport, G. W. y Postman, L. (1953). *Psicología del rumor*, Psique, Buenos Aires.
- Bloch, M. (1999). *Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre*, Allia, París.
- Eco, U. (1975). *Tratado de semiótica general*, Lumen, Barcelona.
- Fabbri, P. (2017). *Elogio del conflicto*, Lozano, J. (ed.), Sequitur, Madrid.
- (1998), «La voce è la matta», en Fabbri, P. y Pezzini, I. (eds.), «Voci e Rumori: la propagazione della parola», *Versus, quaderni di studi semiotici*, n.º 79, enero-abril de 1998, págs. 9-26.
- Goffman, E. (1963). *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu Editores, Buenos Aires-Madrid.
- Gómez, O. (2015), «El caso de Julian Assange. El derecho a la autobiografía no autorizada», en *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, n.º 20, págs. 45-55.

17. Sobre estas mismas cuestiones reflexionó Marcello Serra en su artículo «WikiLeaks: el poder entre bastidores». En él se indaga «sobre el impacto que WikiLeaks ha causado en la esfera de la comunicación, haciendo especial hincapié en que la importancia del fenómeno para las ciencias de la comunicación no tiene tanto que ver con el contenido de las revelaciones, sino con su forma, cumpliendo nuevamente con el *dictum* “el medio es el mensaje”» (Gómez, 2014).

- (2014), «El fenómeno de WikiLeaks y la transparencia», en Albergamo, M. (ed.), *La transparencia engaña*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Kapferer, J-N. (1989). *Rumores. El medio de difusión más antiguo del mundo*, Plaza & Janés, Barcelona.
- Landowski, E. (1997). *Presencias del otro. Ensayos de sociosemiótica*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Lotman, Y. (2015), «La moda es siempre semiótica», en Lozano, J. (comp.), *Moda, el poder de las apariencias*, págs. 108-117, Casimiro, Madrid.
- (2008), «Semiótica del miedo», en *Revista de Occidente*, n.º 329, págs. 5-33.
- (1993). *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*, Gedisa, Barcelona.
- Lozano, J. (2015a). *El discurso histórico*, Sequitur, Madrid.
- (2015b) (ed.), «Ídolos e iconos en la semiosfera mediática», en *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, n.º 20.
- (2014). *Secretos en red. Intervenciones semióticas en el tiempo presente*, Sequitur, Madrid.
- (2012). *Persuasión. Estrategias del creer*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- (2005), «La metáfora del contagio», en *Revista de Occidente*, n.º 286, págs. 175-180.
- (2004a) (ed.), «Cultura de masas», en *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, n.º 9.
- (2004b), «11-S todavía: semiótica del acontecimiento y explosión», en *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, n.º 9, págs. 129-136.
- (1986), «Sentidos del rumor», en *Sur/Expres*, n.º 0, pág. 47, Madrid.
- (1979) (ed.). *Semiótica de la cultura. Jurij M. Lotman y Escuela de Tartu*, Cátedra, Madrid.
- Peña-Marín, C. y Abril, G. (1982). *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*, Cátedra, Madrid.
- Martín, M. (2018), «Entrevista a Paolo Fabbri», en Lozano, J. y Martín, M. (eds.), *Documentos del presente. Una mirada semiótica*, págs. 57-74, Lengua de Trapo, Madrid.
- Melville, H. (2003). *Moby Dick*, Alianza Editorial, Madrid.
- Neubauer, H. J. (2009). *Fama. Una historia del rumor*, Siruela, Madrid.
- Noelle-Neumann, E. (1995). *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Paidós, Barcelona.
- Serra, M. (2014), «WikiLeaks: el poder entre bastidores», en Lozano, J. (ed.), *Secretos en red. Intervenciones semióticas en el tiempo presente*, Sequitur, Madrid.
- González, R. y Lozano, J. (2020), «Afinidades y divergencias. Una mirada semiótica a los estudios de la Comunicación», en *Profesional de la información*, vol. 29, n.º 4, e290443.
- Zuboff, S. (2019). *Il capitalismo della sorveglianza. Il futuro dell'umanità nell'era dei nuovi poteri*, Luiss University Press, Roma.